

Juan Wesley y la seguridad de la salvación

Will Faircloth

Director, Instituto de Estudios Wesleyanos

La historia

Hoy es 24 de mayo, una fecha de gran importancia para la familia wesleyana a lo largo de los años. Celebramos esta fecha por lo que significó en la vida de Juan Wesley, fundador principal del movimiento metodista, pero también por lo que aún significa para nosotros hoy en día. Aquí quiero hablar de este evento y su significado desde dos perspectivas: la histórica y la doctrinal. ¿Qué fue lo que le pasó a Wesley en esa fecha, y qué había venido antes como preparación espiritual? ¿Y cuáles lecciones podemos sacar de este evento para las iglesias wesleyanas hoy?

Primero, conozcamos un poco acerca de Juan Wesley. Nació en 1703 en una familia muy religiosa en Inglaterra. Su madre era muy piadosa y estudiosa, y su padre era ministro (sacerdote) en la iglesia oficial del estado, la Iglesia de Inglaterra. Wesley creció estudiando todas las materias escolares básicas, junto con la Biblia y la historia de la Iglesia. Cuando era ya un joven adulto, asistió a la universidad más prestigiosa en el país y decidió ser sacerdote como su padre. Vemos así que Wesley tenía una buena familia, una buena niñez, una inteligencia aguda, y un amor profundo hacia la Iglesia y sus costumbres. Parecía que todo estaba en su sitio.

Pero mientras estaba en la universidad, Wesley estaba infeliz. Dentro de sí sentía un gran deseo de usar todos los recursos de la Iglesia de Inglaterra, tanto para mejorarse a sí mismo como a la Iglesia. Las oraciones, los cantos, los sermones, las obras de caridad – se sentía frente un gran buffet y quería comérselo todo. Pero al mirar a su alrededor, veía pocas personas con el mismo hambre. El hecho es que durante los 1700, la mayoría de los feligreses simplemente asistían al culto dominical y nada más. Parecía que nadie más compartía su deseo de aprovechar de las riquezas del cristianismo para mejorarse. Wesley se sentía como el único despierto en un país de sonámbulos. Peor aún, en la Iglesia no encontraba a sacerdotes trabajando para despertar a la gente, o tomando en serio la fe.

Entonces, Wesley comenzó a reunirse con algunos amigos cercanos cada semana para arreglar esta situación. Siempre iban al culto dominical para la Cena del Señor y la prédica, pero luego se reunían frecuentemente entre semana para orar, cantar, confesarse, y exhortarse. Eran como las “células” o “reuniones en casa” de nuestro tiempo, y servían para suplementar la vida religiosa que tenía Wesley en la iglesia oficial. Pero ciertas personas se mofaban del grupo y decían que ellos habían encontrado un “método” para ser santos. (De aquí viene el nombre “metodista”.) Wesley respondía diciendo, “Pues, tal vez nuestros métodos no sean perfectos, pero por lo menos estamos trabajando con todo las herramientas a nuestro alcance, ¡más que lo que pueden decir ustedes vagos!”

Cuando se graduó de la universidad y comenzó a trabajar como ministro y predicador, su primera gran obra fue en el campo misionero. Se fue para las colonias inglesas en Norteamérica, lo que luego serían los Estados Unidos. Wesley hizo este viaje con las mejores intenciones: iba a predicar el evangelio en el Nuevo Mundo, ayudar a los colonos a mejorar sus vidas espirituales, tal vez convertir a algunos indígenas, y profundizar su propia fe. Sin embargo, sin entrar en detalles, las cosas no salieron como Wesley esperaba. Su rigor y celo espirituales les parecían muy pesados a los colonos, y le consideraban un aguafiestas. Tuvo un romance con una joven que terminó mal, y al final él le negó la Santa Cena, un acto que le hizo aún menos popular y que provocó un juicio civil. Antes de ser enjuiciado, Wesley zarpó de nuevo para Inglaterra.

Wesley se sentía como un fracasado total. Había fracasado como predicador, porque poca gente se había convertido. Había fracasado como ministro, porque no podía administrar su rebaño. Y es más, estaba dudando de si era un verdadero cristiano. Eso porque durante el viaje en barco, hubo

una gran tormenta y Wesley temió por su vida. Pero observó a otro grupo de pasajeros, unos peregrinos alemanes llamados “los moravos”, y ellos estaban cantando tranquilos en medio de la tormenta. Wesley se preguntaba, “¿Por qué temo yo la muerte, y ellos no? ¿Acaso soy cristiano si una tormenta me hace llorar de miedo?”

Estos eran los asuntos en la cabeza y el corazón de Wesley al volver a Inglaterra. Por un lado, parecía el típico “chico bueno”. Era inteligente, fiel, un ministro de Dios, un buen predicador, un excelente organizador de grupos pequeños, y con un gran deseo de ir directo al corazón de la vida y la fe cristianas. ¿Quién diría que no era cristiano? Pero por el otro lado, estaba lleno de dudas en cuanto a su propia salvación. De vuelta en Inglaterra, se hizo amigo de uno de los alemanes que había conocido en el barco, un tal Peter Bohler. Una vez Bohler le preguntó, “Juan, ¿crees que Cristo murió por ti, para perdonar tus pecados?” Wesley respondió, “Creo que Cristo murió para perdonar los pecados del mundo”. Esta fue una respuesta correcta, pero correcta como un libro de texto, no como una creencia personal. Wesley había respondido desde el cerebro, no el corazón. Se dio cuenta entonces que a pesar de las cosas buenas y piadosas que había hecho, no tenía la seguridad personal de que sus pecados habían sido perdonados.

Esta era la crisis que Wesley vivía durante mayo 1738. Su amigo alemán le decía, “Juan, si uno es cristiano, no hay ninguna duda. Te hace falta este golpe de seguridad para ser cristiano.” Eso lo anhelaba Wesley, alguna prueba interior de su salvación. Así llegamos a la noche de 24 de mayo. Wesley asistió a una de las reuniones que había fundado para escuchar a un predicador laico. Luego, en sus propias palabras, pasó esto:

“Por la noche fui de muy mala gana a una sociedad en la calle de Aldersgate, donde alguien estaba leyendo el prefacio de Lutero a la Epístola a los Romanos. A eso de las 9 menos cuarto, mientras estaba describiendo el cambio que Dios obra en el corazón por medio de la fe en Cristo, sentí en mi corazón un ardor extraño. Sentí la seguridad de que Él había quitado mis pecados, hasta los míos, y me había salvado de la ley del pecado y la muerte”.

Este evento, este “ardor extraño” que describe Wesley, es el cambio importantísimo que nosotros wesleyanos celebramos, llamándolo “Día de Aldersgate,” por el nombre de la calle donde tuvo lugar. Ahora, esto no fue la “conversión” de Wesley, estrictamente hablando. Wesley ya llevaba décadas declarando a Cristo como su Señor y Salvador. Legalmente, estaba salvo. Pero este momento representa un mensaje clave de seguridad, de la certeza de que Cristo de verdad era *su* salvador, de que él de verdad estaba libre del castigo eterno del pecado. Ya no lo conocía solo con su cerebro, sino ahora con su corazón también.

Después de esta noche, Wesley aún tenía dudas de vez en cuando, lo cual es normal para cualquier cristiano. Pero desde este momento, se había quitado un gran peso, y su ministerio recibió nuevos soplos de aire y comenzó a crecer como él no se podía imaginar. Seguro de su salvación, ahora Wesley podía entregarse al ministerio con todo su corazón, y los frutos de sus labores siguen con nosotros hasta hoy.

Es esta idea de la seguridad de la salvación, de saber en nuestros espíritus que somos hijos e hijas de Dios, que quiero presentar en el resto de este texto. Porque veo muchas cosas en las iglesias evangélicas de América Latina, y muchas cosas en la vida de los creyentes, que me convencen de que debemos recuperar y promover esta idea.

La doctrina de la seguridad de la salvación

Primero, debemos entender que la conversión no siempre viene como un rayo, de la nada. Nosotros evangélicos tenemos la idea de que muchas conversiones son como la de Pablo: caminando por nuestro camino pecaminoso y de repente, ¡zas! Jesús nos alcanza de manera inesperada y nos cambia para siempre. Muchos tenemos esta idea de una conversión repentina y dramática, pero no

todas las conversiones son así. De hecho, acabamos de ver que la de Wesley no fue así. Ni siquiera podemos decir con exactitud cuándo fue que Wesley se “convirtió”, dado que había pasado muchos años mejorando su concepto de Cristo como su Señor y salvador. Podemos decir que su conversión fue más “a fuego lento”. Y sospecho que la mayoría de las conversiones son así, graduales. Esto quiere decir que cada uno de nosotros tiene una historia particular de cómo llegó a ser creyente, y no se puede encajar todas en el mismo molde.

Pero en estos casos de conversión “lenta,” por supuesto hay un deseo de experimentar algo tangible que compruebe el cambio espiritual, alguna señal de que ahora uno es hijo o hija de Dios. En algunos casos, el cambio es externo y notable: uno tiene victoria sobre un comportamiento o actitud pecaminoso, o de repente se mete de lleno en actividades virtuosas. Pero ¿qué pasa si uno no era una “mala persona” antes? ¿Qué pasa cuando su vida exterior ya era bastante buena y correcta? ¿Como el mismo Wesley? Puede resultar difícil saber si la conversión “pegó” porque los comportamientos exteriores no cambian mucho. Muchas personas hasta llegan a dudar de su salvación, porque la falta de algo dramáticamente visible les hace dudar del cambio interior invisible.

Es aquí que la enseñanza de Wesley sobre la seguridad es tan importante. Para él, la seguridad de nuestra salvación es una necesidad y un derecho de cada cristiano, y no importa cuándo o cómo venga. No es una “segunda conversión” sino un momento claro de seguridad de que la salvación es nuestra.

Esta seguridad es, para Wesley, una obra clave del Espíritu Santo para todo aquel que crea. Para él, el verso central es Romanos 8:16: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”. Wesley vio aquí una tarea importante del Espíritu Santo que se había olvidado: la de confirmar la salvación en nuestro interior. Con este verso, podemos pensar en el alma como una cámara de eco, donde el Espíritu habla y nuestros espíritus hacen el eco. Es importante aquí ver el papel tanto del Espíritu como de nuestro espíritu en este proceso. Si solo el Espíritu Santo habla, sin que mi espíritu lo confirme, sería como un decreto divino que no tiene nada que ver con ninguna decisión mía. Por el otro lado, si solo mi espíritu habla, sin ninguna confirmación de Dios, es muy probable que me estoy engañando.

Pero ¿cómo puedo oír el Espíritu hablar? ¿Cómo puedo oír esa voz interior? Sabemos que para que un sonido haga eco, la superficie con la cual choca tiene que estar muy limpia. Una superficie sucia o mugrosa termina absorbiendo el sonido. Lo mismo sucede con nuestros espíritus. Wesley habla mucho de los “sentidos espirituales,” y de nuestra necesidad de mantenerlos abiertos y afinados para escuchar el Espíritu de Dios hablar y confirmarlo en nuestro espíritu. Muchas personas se estancan aquí: después de recibir a Cristo, vuelven al pecado, y resulta difícil escuchar la voz del Espíritu. Por eso terminan diciendo, “Ah, es que no fui salvo de verdad.” Eso no es cierto; solo han dejado que el pecado les tape los oídos espirituales. Pero si tenemos un deseo real de dejar de pecar y de obedecer a Cristo, podemos confiar que la voz que escuchamos es del Espíritu Santo, y Él no nos engañará.

Pero ahora tal vez nos preguntemos, ¿cómo puedo ver las pruebas de esta salvación? No existe tal cosa como un termómetro espiritual, ninguna herramienta para medir el estado de mi alma. Así que algunas personas se quedan con una última pregunta: “¿Cómo puedo saber *de verdad* que soy salvo?” Wesley sabía que es difícil medir algo invisible como el alma, entonces fue a la Biblia a buscar ayuda. Y ahí encontró, por ejemplo, 1 Juan 2:3-5, que dice “Y en esto *sabemos* que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto *sabemos* que estamos en él.” La prueba está en nuestra obediencia. No tenemos que ser perfectos, pero si intentamos cada día seguir el camino de Cristo, entonces ciertamente estamos en Él. Wesley también enfatizaba los frutos del Espíritu según Gálatas 5: amor, paz, paciencia, gozo, etc. Como dice en uno de sus sermones:

“Por los frutos que Dios haya producido en tu espíritu conocerás el testimonio del Espíritu de Dios.

De esta manera sabrás que no has caído en un error y que no has engañado a tu propia alma.” Cuando nuestros sentidos espirituales están abiertos y afinados, cuando vemos que estamos dando frutos espirituales no por ningún poder propio sino por la influencia del Espíritu Santo en nosotros, entonces podemos estar seguros de que la voz que oímos es la del Espíritu de Dios.

Me permito un momento para decir brevemente lo que la seguridad de la salvación *no* significa. Vimos antes que aún después del 24 de mayo, Wesley luchaba con ciertas dudas, temores, y flaquezas. Aunque era difícil, Wesley entendía que todo eso era completamente natural, y que no era ninguna señal de que su salvación estaba incompleta. Porque estar 100% seguros de nuestra salvación no nos exime de las luchas y pruebas de esta vida terrenal. Todos pasamos por valles de sombra, y todos tenemos momentos de pecado, duda, y temor. Lo que Wesley nos quiere recordar que la vida cristiana es un viaje, un peregrinaje, en el cual estamos dejando atrás cada vez más de nuestros pecados y esclavitud y tomando cada vez más la libertad y la victoria de vivir semejantes a Cristo. Y en este viaje, nuestro fundamento nunca está en duda. Tenemos la seguridad de que Dios es nuestro Padre, Cristo nuestro Señor, y el Espíritu Santo nuestro compañero en el camino. Puede que las olas nos tiren por allí y por allá, pero nuestra ancla está segura.

Espero que ahora podamos entender la importancia de esta enseñanza bíblica que Wesley buscaba recuperar. No importa si nuestra conversión fue repentina o gradual, dramática o discreta: todos tenemos el derecho y el gozo de oír la voz del Espíritu Santo, dándonos testimonio de que somos hijos de Dios. ¡Gloria a Dios! Permítame terminar con algunas palabras del mismo Wesley, de su sermón “El Testimonio del Espíritu”:

“Entonces podemos exclamar: ‘¡Gracias a Dios por su don inefable!’ Gracias a Dios que me ha permitido saber en quién he creído, quién envió al Espíritu de su Hijo a mi corazón, clamando ‘¡Abba, Padre!’ y aún ahora da testimonio a mi espíritu de que soy hijo de Dios. Procura ahora alabar a Dios no únicamente con tus labios, sino con toda tu vida.”

Que estas palabras sean nuestras, no solo el 24 de mayo, sino cada día. Que sepamos que somos salvos, no solo hoy, sino cada día. Y que alabemos a Dios no solo con nuestros labios, sino con toda nuestra vida, cada día.